J.J. Torrico

Ápohnin

El idioma del relámpago

ÁUREA EDICIONES

Áurea Ediciones

Prólogo
Magia de verdad

Los goznes rechinaron. Dama Mónraj invitó a Dobri a internarse en la penumbra de la habitación de huéspedes del segundo piso, señalando con la vista. La mujer enana lo agradeció; la puerta se veía pesada y el picaporte demasiado alto. Avanzó decidida: uno, dos, tres pasos. Un charco viscoso y coagulado impidió que diera el cuarto.

—¿Esto es…?

—Icor —lo llamó la general, delgada como un sable.

Pero la palabra que Dobri tenía en mente era "sangre". Su horno se encendió como una linterna roja, y su tenue fulgor describió formas en la negrura. Ante ella, una colección de cuerpos cercenados apareció desperdigada sobre el entarimado. El alma le volvió al cuerpo cuando corroboró que eran de madera.

—¿Qué cree que pudo haber causado esto, jum, subalférez Nádobr?

La voz de la general Mónraj tenía la textura de la nieve a medio descongelar, y su mirada ojerosa era igual de helada. Dobri fingió que no había sentido un escalofrío. Aprovechando la actuación, pretendió ser la experta que se supone que era y dobló su cuerpecito achaparrado con dificultad.

—Fueron cortes con un sable —dijo. Pero lo que estaba pensando era "sé que yo ayudé a diseñar los Soldados

ÁUREA EDICIONES

Artificiales… pero esta es la primera vez que veo uno por adentro". Sus ojos estaban fijos en la aceitosa materia orgánica que se pudría en el interior de las carcasas.

—¿Una espada, Nádobr? —la voz de la hnedaíl era un rasposo susurro—. ¿Capaz de cortar estructuras con la densidad aproximada de un cráneo humano?

Aunque parecía que los ojos le mentían, era indudable: todos los cortes tenían la misma anchura.

—¿Quizás sería un arma realmente buena?

—O un brazo realmente fuerte. —Mónraj apoyó una rodilla en las tablas pegajosas junto a la cama desarmada y extendió las yemas enguantadas de la mano izquierda. Hincada en el suelo, ambas tenían la misma altura. Dobri tuvo la pavorosa impresión de que había acariciado a uno de los autómatas—. Lo cual es extraño, porque la mujer que se nos escapó debe rondar los setenta años.

Dobri recordó el informe que había leído, y en su mente se formó el nombre de Azira Drapdahar. Todo el resto de los ocupantes de la casa habían sido capturados. Excepto ella, desaparecida con un montón de evidencia. Entró en cuenta que esta debía ser su habitación.

—¿Habrá sido su hreom?

La Centinela de Azira, según se decía, era una bestia curtida por la guerra. La única persona en batirse contra el Soberano y sobrevivir.

—¿Álrij de Orialmín? Difícil —razonó la hnedaíl—. Tomando en cuenta que ahora mismo debe estar a mil suelos hacia el sur, ¿jum?

Mónraj rotó los mecanismos del artilugio brillante que ella también había ayudado a fabricar: el glifo artificial. La "Antorcha de Pulso". Acto seguido, un pequeño séquito de marionetas vivientes entró en la habitación con su carac-

ÁLBEA EDICIONES

terístico traqueteo.

—¿Sabes cómo funcionan, Dobri? —preguntó de pronto su superiora, poniéndose de pie. La perturbó que una de las ocho mujeres más importantes de la Soberanía, casi una reina, le llamara por su apodo.

Nádobr negó, sacudiendo su apelmazada cabellera oscura, aceitosa luego de días y días de trabajo de laboratorio. Trabajo que había sido interrumpido para venir aquí, sin explicación previa.

—¿Puedo confiar en ti? —Su Dama la miraba.

—¡Sí! —aseguró la subalférez, apresurada—. ¡E-estaré gustosa de dar mi vida por la Soberanía, mi hnedaíl! —Ocupó una postura militar que, ella sabía, le sentaba muy ridícula. Iba a añadir alguna frase como: "¡Hoy y eternamente gloriosa!", pero había un gesto extraño en el rostro esquelético de su general. Una mujer con enanismo como ella lo conocía bien. Era asco.

—No, no como militar. —terció. En sus ojos había algo nuevo. Vulnerable—. ¿Puedo hablar contigo, jum, como dos mujeres de ciencia?

La invitó a seguirla al pasillo. Dejaron a las marionetas limpiar. Creyó que tendría que apurar sus piernitas, pero Mónraj adoptó su velocidad.

La residencia de la enigmática Shraqeil Barid; o "Dama Dione", como se hacía llamar; tenía un olor a polvo y opulencia que a Dobri, nacida en la servidumbre, le era tan familiar como desagradable.

—¿Tú sabes por qué insistí en reclutarte a ti, Nádobr ih-Ilakus?

—¿Por mis… méritos académicos? —sugirió ella, apartando el rostro. Con su estatura podía otear sin esfuerzo por debajo de los arcos de las barandas hacia el exuberante

ÁUREA EDICIONES

jardín interior, activo incluso en la sombra, atrayendo horos y azines nocturnos.

—Porque, de todas las que postularon, solo tú mostraste verdadero interés en la fabricación de *Objetos Teúrgicamente Estimulados*. —O Talismanes. La palabra coloquial y supersticiosa era Talismanes—. Una rama declarada inútil hace más de ochocientos años. Ingeniería histórica. Y en este momento eres una de las expertas más calificadas de la Franja.

—Me sobreestima, mi hnedaíl —Dobri sonrojó. Sabía que sus diseños, por sofisticados que fueran, no eran autopropulsados. Mucho menos capaces de razonar—. Yo solo entiendo de mecánica e hidráulica. Lo que usted hace, en cambio, es… —las marionetas les sobrepasaron en apresurada procesión, cargando los restos de sus hermanas fallecidas. Unos anémicos órganos colgaban de los cascarones exánimes—… es magia.

Mónraj rio. En los seis años que había trabajado en su laboratorio, solo había conversado con ella una veintena de veces. Era la primera vez que la escuchaba reír.

—Tú y mis otras ingenieras hacen los milagros, Dobri. Yo solo le doy cuerda a los juguetes.

Nádobr no añadió palabra. Desde que se había incorporado en la División Raíz, las otras subalternas no le habían mostrado más que desdén. Cuando la habían ascendido, ese desdén se transformó en inquina.

Habían llegado. Ni con la mayor luminosidad que podía generar su Pulso podía ver la techumbre. Le asqueó saber que ahí, donde habrían vivido cómodamente cuatro o cinco familias, pasaba sus días una decrépita oligarca, atendida por legiones de sirvientes. Se alegraba de que esa tal Dione estuviera en prisión.

ÁREA EDICIONES

—Es aquí —avisó Mónraj.

En el fondo de la habitación, tras las cocinas, un cuarteto de delgados autómatas palpaban con dedos torpes cada uno de los vértices de una zona de lavado. Uno de los soldados intentaba colar su cabeza entre unos pequeños tablones, colisionando como un niño vistiendo un disfraz que le quedara grande.

Mónraj se dirigió a su posición. Ahora sí Dobri supo con seguridad que le había acariciado la barbilla al autómata de madera.

—Bien hecho, ¿jum, bonito? —había susurrado. La Antorcha de Pulso ordenó en silencio que se quitara de en medio. Retiró unos muebles y develó una ínfima cerradura, inscrita en el muro—. Permíteme un momento.

Encendió su horno y reveló sus brazos. Dobri enarcó las cejas: nunca había visto tantos glifos, tan pequeños, grabados en la piel de una sola persona. La operación duró largo rato. La Dama pulsó lo que pareció un centenar de inscripciones, pensando con cuidado el paso siguiente y varias veces partiendo de cero. Al final, se quitó el guante de la mano derecha, y Dobri notó que le faltaban dos falanges del anular. Presionó el índice en la boca de la cerradura. Con lentitud, la cavidad se fue llenando poco a poco de metal. Tras una o dos vueltas de espera, Mónraj sostuvo con fuerza y giró. La cerradura crujió. Al retirarla, sostenía entre sus manos la llave que acababa de fabricar.

Teúrgia de Materialización.

—¿Crees que este es un acertijo que tus conocimientos puedan descifrar?

Dobri se internó en la mustia estancia, oliendo la humedad y el polvo. Era mucho más alta de lo que imaginó para estar sepultada entre muros. La mujer pequeña se detuvo,

ÁUREA EDICIONES